



Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

Apuntes de Figueira.



Aquí los individuos de la colonia extremeña usan gorra de piqué, camisa floja de colores vivos, americana de franela ó alpaca, ancho cinturón de riquísimo cuero y zapatos de lona; con todo lo cual no hay pescadora que no tenga á estas fechas el corazón herido. ¡Ya ve Taboada como no son sólo ellos, los de Espinho, los que tienen elegancia y suerte!

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Desde la dehesa, por Juan Pérez Zúñiga.—Palique, por Clarín.—La espera, por Sinesio Delgado.—Conquista, por Eduardo de Palacio.—Bagatelas, por Luis de Ansoarena.—Consejo de amigo, por Félix de Roncesvalles.—Perromaquia, por Daniel Collado.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Apuntes de Figueira.—Los que se quedan.—Apuntes de Figueira (nueve viñetas).—En Biarritz.—En Figueira, por Cilla.



ESPINHO

Como en Madrid el calor es excesivo este año, todo el que tiene cuatro pesetas sale en busca de fresco, y á Espinho ha llegado muchísima gente, nueva en esta playa.

En cuanto pone el pie en tierra, respira con satisfacción y no se cansa de ponderar esta dulce

temperatura, que parece hecha expreso para obsequiar á los bañistas.

—¡Qué buen negocio se podía hacer!—exclamaba la otra tarde un boticario de Navamelones, hombre industrial y inventor de una untura amarilla para el hipo.

—¿Qué negocio?

—¡Si se pudiera recoger este fresco y enviarlo á Madrid en cajas!...

—¡Quién sabe! Hoy las ciencias adelantan que es una barbaridad.

—Mire usted, á mí antes de ahora se me ha ocurrido emprender este negocio, pero necesitaría un socio capitalista. Yo noto que los botijos hacen el agua fresca. Pues bien, construyendo un gran botijo, llenándolo de aire y transportándolo á Madrid, creo que podrían venderse raciones de aire fresco á domicilio.

Este boticario no está bueno de la cabeza, y su esposa atribuye el estado de perturbación en que vive al abuso de la farmacopea. Como es hombre aficionado á los específicos, todos los días inventa un nuevo jarabe, ó una tisana, ó un purgante, y los prueba en sí mismo, bebiéndose un frasco ó dos.

Esto le produce irritaciones horribles, y algunas veces el específico se le sube á la cabeza, y entonces comete todo género de extravagancias.

—Mire usted—añadía la pobre esposa para ratificar su opinión,—una vez inventó un vomitivo, y como él no pone nada á la venta sin probarlo antes, se tomó tres cucharadas. El vomitivo no produjo efecto; pero, en cambio, mi esposo no hizo más que probarlo y comenzó á saltar y á darse con la cabeza contra las paredes. Después cogió al mancebo por el pellejo del cogote y lo tiró contra una mesa; entró en aquel momento un cura amigo de casa, y le dió con el mortero en la cabeza... En fin, desde entonces mi esposo no ha vuelto á ser hombre para nada. Por eso hemos venido aquí, á ver si con los baños de mar se tonifica.

—¿Y le prueban bien?

—Sí, señor; cuanto más cortos sean los baños, más le prueban. El médico dice que lo que necesita es recibir una gran impresión, y yo procuro que las reciba con frecuencia. Á lo mejor se pone á escribir de espaldas á la puerta; luego yo por detrás, despacito, y le echo encima un cubo de agua del mar. Él al principio se incomoda y hasta me pega; pero después me lo agradece y se echa á reír. Otras veces, visto á mamá de fantasma, y cuando está mi marido durmiendo la siesta, le despierto, y de pronto entra mamá en la alcoba envuelta en una sábana. Á fuerza de recibir impresiones esperamos que se cure.

*
* *

Aun sin apelar al recurso de las duchas, los que se bañan aquí reciben impresiones muy fuertes. El mar de Espinho es verdaderamente terrible, y todo el que se baña sale del mar como si le hubieran dado una paliza.

Aparte de las impresiones del mar existen otras no menos honradas. Por ejemplo: va usted á la ruleta, pone usted medio duro al 17 y... sale. ¿Qué mayor impresión?

Otras veces sucede todo lo contrario; saca usted un billete de 20 duros, lo cambia, distribuye usted las 100 pesetas entre varios números, rueda la bola... y se le llevan á usted en dos minutos las 100 pesetas.

Ésta es otra de las impresiones más profundas y trascendentales que se conocen.

*
* *

Para impresión grata la que recibimos la otra tarde los bañistas de Espinho.

Estábamos todos paseándonos por la avenida Serpa Pinto, cuando llegó un tren procedente de la Granja, lleno de mujeres bonitas que venían á oír el concierto de la *Asamblea*.

¡Vaya unas mujeres!

—¿De dónde han salido esas encantadoras criaturas?—pregunté á un joven que las acompañaba.—¿Del paraíso?

—No, señor; de la Granja, donde se han reunido este año todas las bellezas de Portugal y muchas de España.

Bajaron del tren, dirigiéronse á la *Asamblea*, ocuparon todos los asientos del salón y dió principio el concierto ejecutado por el sexteto de profesores de Madrid que dirige el famoso violinista Julio Francés.

Terminada la sesión musical, los expedicionarios de la Granja hicieron una visita á las ruletas; después pasearon por la Avenida y se volvieron á su deliciosa residencia de verano, dejando aquí un perfume embriagador... «el perfume de la belleza», que diría un revistero de salones y gabinetes.

Aparte ya los encantos naturales que Espinho posee, tenemos los que nos prestan nuestros vecinos de la Granja; de manera que vivir aquí es vivir en una especie de sucursal del cielo con arcángeles, serafines y viudas preciosas.

*
* *

Y con esto no canso más.

Cilla podrá ser feliz en Figueira, no lo dudo; pero por muy bien que allí se encuentre... ¡donde está Espinho!...

Luis Taboada.

★

Desde la dehesa.

Querido amigo Sinesio:
El campo está que da lástima, no por mor de la cosecha, que hogaño no ha sido mala, sino porque uno ve cosas en el campo que le pasman aún más que el crimen reciente de los baños de Santa Águeda. Sabrás que un tal Paco Trillo, mozo de mulas de casa de Gil, me dió ayer un pliego para que de él me enterara. Yo pensé que era un escrito en consulta ó una instancia, con sus documentos, de esos tan finos «que se acompañan». ¡Pero quiál! ¿sabes lo que era? Pues nada menos que un drama dramático, antiespasmódico, campestre y de circunstancias, hecho por él y llamado (si mi memoria no es flaca) *Entre las rubias espigas ó El bazo de una aldeana*. ¡Vamos, señor! ¡Si hay que verlo para creerlo! ¡Caramba! ¡Ya hasta los mozos de mulas escriben obras dramáticas! ¿Qué hacer? Lo llevé á la era y allí lo leí en la parva, sentado en una gavilla

mientras las mulas trillaban. Él quiso que lo leyera para mí solo, ya en casa, ya en el campo; mas no pude complacerle, pues el drama fué escuchado atentamente por un grillo, tres cigarras, un modesto escarabajo y una hormiga descarriada. ¡Pero qué diantre de mozo! ¡Vaya unas cosas extrañas que se le ocurren! ¡Si vieras!... Sólo en la primera página dice así: «entre *blondos* tiestos aparece la Pascasia vertiendo una regadera sobre un *gerundio* de malva», ¡por decir sobre un geranio! ¿Y la amante desdichada que en su sillón aparece toda *pingüe* y cabizbaja sufriendo dolor de *hijuela*, por decir dolor de ijada? ¡Y luego qué horror produce ver que aparece un tal Sabas y desuella á un arzobispo que cortejaba á la Pascasia, y su rígido cadáver, murmurando una plegaria, vuelve al pueblo entre dos luces y además entre dos guardias!

Para que aquello no aterre ni haga sietes en el alma, es preciso ser más duro que el pan que aquí nos amasan. No es, pues, raro que la hormiga y una de las tres cigarras y el modesto escarabajo, que la lectura escuchaban, prorrumpieran en sollozos que partían las entrañas. Yo al autor quisiera darle mi opinión sincera y llana; pero me abstengo de hacerlo, pues para el caso le basta saber que inconscientemente

juzgó su obra mi criada que, en cuanto tuve un descuido, la colgó de cierta escarpia... Mas no se inquiete la obra, que su aspereza la salva. Sí; por dañina al momento voy de su encierro á sacarla, pues aquella acción tan dura y aquellas frases tan agrias de fijo arrasado dejan el sitio por donde pasan. Ya sé que esto sin cuidado te tendrá, mas, por ser rara la cosa, te la refiero. Conque abur; dispensa y manda.

Juan Pérez Zúñiga.

LOS QUE SE QUEDAN



—Se coloca uno por la noche frente al Príncipe Alfonso, se toma el fresco gratis, se oye música gratis y se sabe gratis si gritan ó no gritan á los autores de verano que preteuden romper lo: moldes.

PALIQUE

Silvela, el del gai saber, ha presidido unos juegos florales, en Valencia, como un Balaguer que vaga errante. Fué á Valencia con ocasión de las fiestas que allí se celebran, para soltarles á los hijos del Cid, como dijo un político, que cree que el Cid nació en Valencia, ó por lo menos procreó allí; para soltarles un discurso, que era como soltarles un toro, corrido ya en otras plazas. Nuestros buhoneros políticos se ven ya en la triste necesidad de andar de feria

en feria, *reclutando* bobalicones y enseñándoles el *mundo-nuevo* á son de *destemplado Tiempo*, vulgo organillo. Silvela va de feria en feria con su programa de moral pública, como pudiera ir con un billar romano, de esos que tiene que prohibir la autoridad, porque en ellos la bola siempre cae del lado de Sagasta, es decir, del lado que le conviene al dueño del artefacto.

Silvela quiere hacer cómplice de su *tercer entorchado*, ó tercer partido, al mundo entero; no le basta con anunciar que ha entrado en las filas de sus huestes el conocido novelista don (aquí el nombre del más perfecto *desconocido*); ahora quiere meter en el ajo al pobre Ausias March y á la Virgen Santísima.

¿No lo han leído ustedes? En cuanto Silvela llegó á Valencia, sin quitarse el polvo del camino, se fué á orar (¡ora pro nobis!), al templo en que se venera la imagen de la virgen de la Misericordia, ó de los Desamparados, ó no sé qué otra piadosa y elegiaca advocación.

¡Habrás visto Tartufo!

¡Qué cosas suceden en este mundo!

¿Quién le había de decir á la madre de Jesús de Nazareth que había de llegar tiempo en que el dolor que ella sintió por la muerte de su Hijo, había de servir para que se pusiera moños místicos un lagarto político, que cree que la religión es una *fuera social*, y la aprovecha como un salto de agua!

Silvela, como si fuera el obispo, ó una persona real, va al templo en cuanto se apea del tren; y hace que lo digan los papeles.

¿A qué fué al templo Silvela? A pedir inspiración para su discurso no sería, porque se lo sabe de memoria.

Y lo peor es que lo sabemos todos.

¿Qué inspiración hace falta para hablarnos de Cuba con esa fantasía de tendero de ultramarinos que Dios le dió, y llamar *liquidación* á lo que Jove y Hevia llamaría lento pero continuo desprendimiento del más rico florón de la Corona?

Todos los preceptos de moralidad que Silvela predica se encierran en dos:

En quitarle á Cánovas la sartén.

Y en coger él la sartén por el mango.

Para echárselas de monstruo en ciernes Silvela amenaza con escribir la *Historia de España durante el dominio de la casa de Borbón*.

Y nos hace saber, como si fuéramos chicos de la escuela, que ya tiene reunidos muchos datos.

Claro; corriendo de pueblo en pueblo en busca de *mesnadas*, volando, *cual nivea mariposa*, de juegos florales en juegos florales, echando peroratas en villas y aldeas, leyendo *El Tiempo* y perdiéndolo de cien maneras, es como se reúnen datos para escribir la historia de España...

* *

Al llegar aquí, leo en un periódico que un italiano ha matado á Cánovas.

Excuso decir que lamento el suceso.

Porque es un crimen.

Porque es la muerte de un hermano; porque Cánovas era nuestro hermano, según la buena religión.

Y porque *será* la muerte de otro hermano: el asesino de Cánovas.

* *

También Silvela, que era de quien hablábamos, debe lamentar la muerte de Cánovas.

Ahora verá lo que son las matemáticas políticas.

Cánovas era el *primer* conservador; Silvela el *segundo*. Desapareciendo el *primero* parecía natural que pasara á ser *primero* el *segundo*.

Pues no señor; la muerte del *primero* hace que el *segundo* pase á la categoría de *último*.

Porque los conservadores considerarán que cualquiera puede ser jefe *antes* que Silvela.

Por eso es el *último*.

* *

Y aconsejo á Silvela, aunque algún remordimiento sienta ahora del mal que quiso hacer á su jefe...

Que no rece por Cánovas.

Porque en el cielo conocen á Silvela, y creerían que pedía que Cánovas se condenase.

Estos hombres que empiezan siempre con segundas intenciones no pasan de segundones jamás, ni ven cumplida su intención primera.

Que es ser los primeros.

Cuando Silvela escriba esa *Historia de España en tiempo de los Borbones*, acuérdesese de decir que no fué él, *florentino*, quien mató á Cánovas, sino un napolitano.

El no le mató; no hizo más que darle por muerto.

* *

Parece ser que los anarquistas, según avisan de Londres, también amenazan á Tejada Valdosa.

Supongo que á ese lo matarán con un barreno.

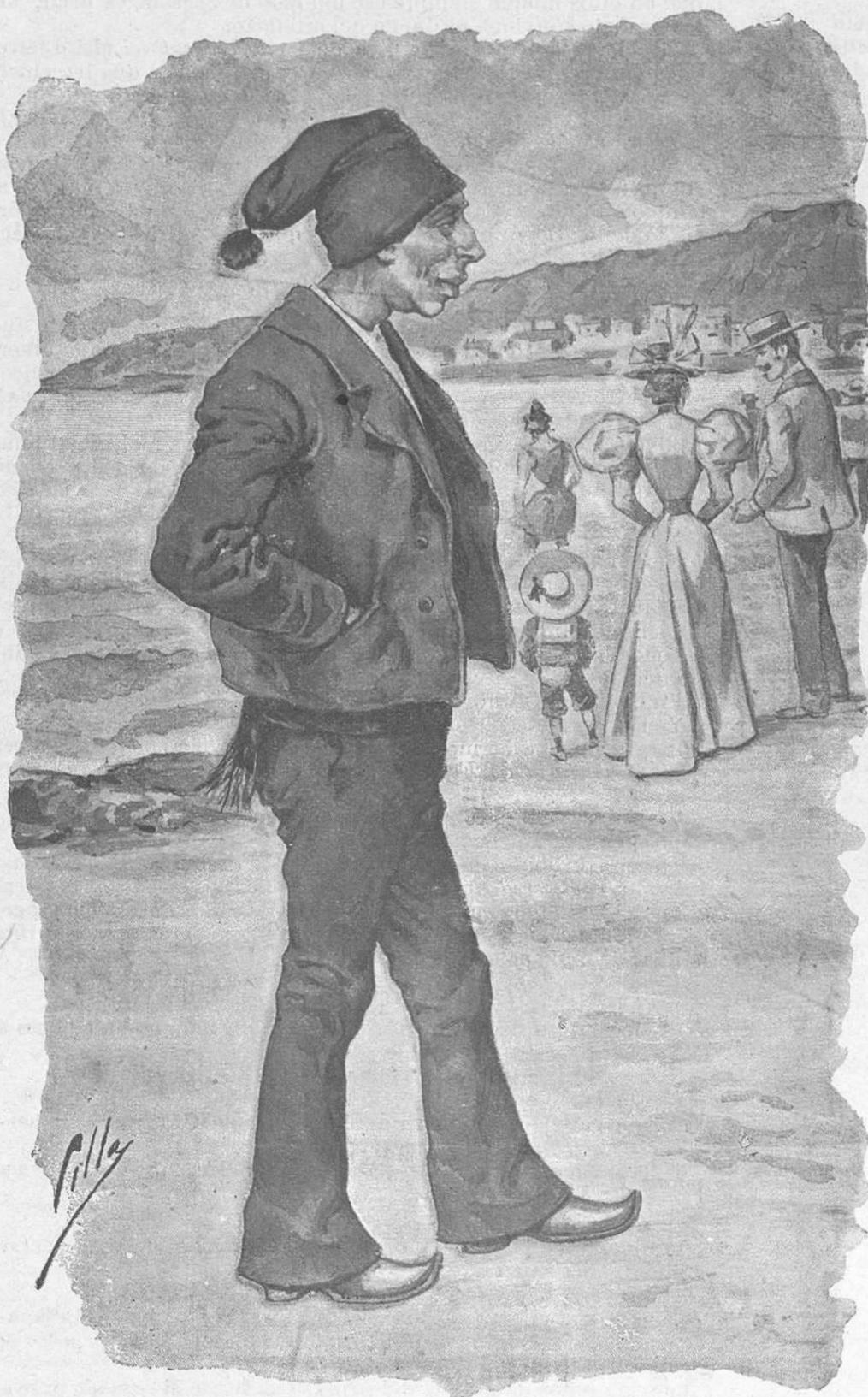
* *

¿Se *disolverá* el partido conservador?

Mucho me temo que sea un cáncer.

Clarín.

Apuntes de Figueira.



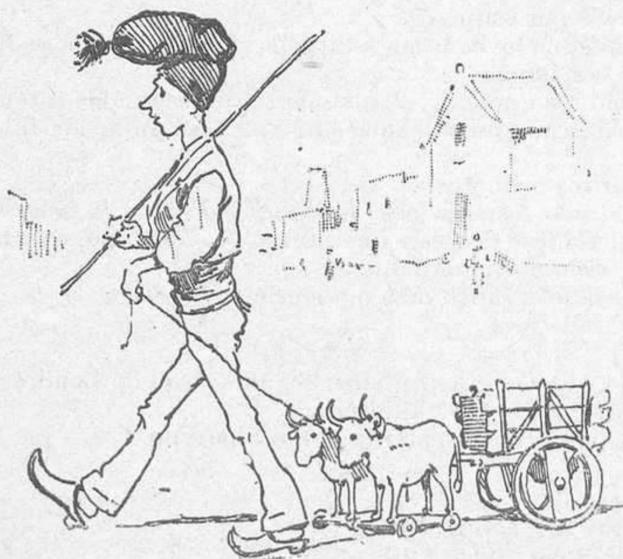
— AS banhistas nspanhoas são muito catitas, muito esprituosas, muito lindas, y agora sento eu não ser banheiro, porque ha de ser nesta ocasião un oficio muito saudavel.

La espera.

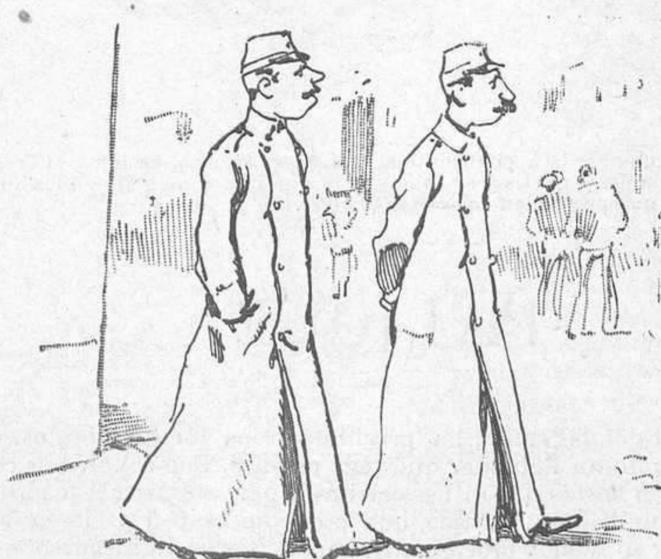
Ya se ha pasado la hora de la cita. ¡Cuánto tarda! ¿Á que después de tenerme de plantón, como una estatua, surge algún inconveniente de los gordos, y no baja? Siglos se me están haciendo los minutos, con el ansia de tenerla aquí á mi lado, ruborosa, avergonzada, teniendo miedo de todo, diciéndomelo en voz baja, temblando por el misterio, gozando con la esperanza, y agarrándose á mi brazo como el náufrago á la tabla. Después... el largo paseo por las calles solitarias, ella medrosa al principio, mirando á todo el que pasa, creyendo que el mundo entero va á conocerla en la cara que se ha lanzado al peligro por una acción voluntaria, después alegre, tranquila como cualquier colegiala que en la huerta del convento entra por la puerta falsa, y al ver que nadie la mira pierde el miedo, corre, salta, corta flores y... se llena los bolsillos de manzanas. Yo, arrullado por el dulce murmullo de sus palabras, enardecida la sangre por el roce de su falda, por el calor de su aliento y el fulgor de sus miradas, desechando los escrúpulos, dejando entrar en el alma pecaminosas ideas que entonces parecen santas... ¡Qué hermosos preliminares los de la primera falta! Un beso dado á hurtadiilas, las manos entrelazadas, suspiros entrecortados, los ojos echando llamas, en fin, detalles menudos, monerías sin sustancia, pero que saben á gloria y apenas cuando se acaban...

.....
Ya aparece en el rellano de la escalera. ¡Ya baja! ¡Que se arrepienta, Dios mío! ¡Que no venga, que no salga! que por muy dulces que sean los placeres que me aguardan, ¡siempre habrán sido mejores los que he soñado esperándola!

Sinesio Delgado.



Aquí son los carros muy chiquititos y los gorros muy grandes.



Y los capotes de los guardias muito cumplidos.



El vendaval siempre *violento* y ¡ay! demasiado frecuente.



La colonia extremeña muy característica y muy dignamente representada.



¡Oh misterios de la organización militar de las grandes potencias! Los soldados de caballería llevan pantalón largo.



Y los de infantería botas de montar.



Eduardo Muñoz y yo, mustios, tristes y en el más completo abandono, nos pasamos la monótona existencia á la puerta de la confitería de Escanilla.



¿Por qué? Porque los nobles, los potentados, los reyes, los grandes de la tierra se han ido todos á Espiñu arrastrados por Taboada... ¡Ah, infame!

Conquista.

La oscuridad, la temperatura, el sitio, todo convidaba al amor. ¿Aquella sombra de mujer solitaria, sentada en un banco en Recoletos, qué esperaba?

¿Será una poetisa, soñadora de suyo? ¿Será *ella*? ¿Esa mujer superior que escribe de costumbres, buenas y malas, observadora escrupulosísima, que traza esos cuadros físico-psíquicos de mano maestra?

No, no era ella; era perfectamente desconocida.

El amor—en opinión de un notario filosófico—necesita nocturnidad y alevosía para satisfacer sus caprichos. Me acerqué, después de pasear algunas veces por delante de la sombra, y me senté en el mismo banco.

Saludé y contestó.

—Buenas noches

—Buenas—murmuró con voz dulcísima la señora.

Porque era una señora desgraciada y lúgubre, como luego supe.

Pero una señora «acrisolada por las chinches», como ella decía, y solita en el mundo, no contando á las chinches.

Vestía de riguroso luto y el acento de su voz parecía americano. —¿Será la viuda de Maceo!—pensé.

Su vestido era de «alepín de la reina», nuevecito; pero el corte y manufactura de la época de Joseph Botella.

Su peinado lo mismo: llevaba rascamofios alto y rizos á ambos lados de la cara.

Zapatos con galgas y medias caladas.

Esto último me lo dijo ella, por supuesto.

Había sido viuda y pensaba en volver á serlo.

¡Ángel de candor!

En pocos minutos me abrió su pecho: á la hora conocía yo toda su historia, con viñetas.

Respecto al gusto antiguo del vestir nada me dijo.

Precisamente uno de los fenómenos que más excitan mi curiosidad.

He visto algunos casos de caballeros disfrazados con levitas flamantes, pero del figurín de 1814; sombreros de copa de gusto egipcio, pero perfectamente conservados.

¿Quiénes serán esas levitas? ¿Quiénes serán esos sombreros?

Digo, ¿quiénes serán los que usan esos «artículos de vestir y calzar» tan bien conservados á través de un siglo?
 ¿Pertenece á alguna sociedad retrospectiva y tenebrosa?
 Aquella mujer nada quiso revelarme en este asunto.
 Ella, tan franca, tan abierta para mí, nada descubrió.
 —¿Los zapatos con galgas? Un capricho. ¿La basquiña? Un voto.
 ¿La mantilla? Un recuerdo.
 ¡Qué voz tan dulce! ¡Qué delicadeza de formas... retóricas! ¡Qué manecitas de niño chiquito!
 Y á todo esto, sin poder verla el rostro ni admirar aquellas gracias, aquel busto de principio de siglo, pero fresco, nuevo...
 ¡Ah, qué fantasías nos arrastran á los poetas!
 Un velo tupido ó «estúpido» cubría la cara de aquella visión histórico-celestial.
 Por fin logré verla.
 Alzó la cortina y pude satisfacer el ardiente deseo.
 Era...
 Un agregado ó un criado de la embajada china, amante de la soledad y del silencio y del misterio de la noche y de otros misterios.

Eduardo de Palacio.

Bagatelas.

Bajó un águila á tierra, y á un gazapo
 por sorpresa cogió
 y, sin hundir en él garras ni pico,
 volvió á subir veloz.
 Como el bicho gritare, temeroso
 de su próximo fin,
 el águila le dijo: —¡Si esto es bromal
 ¡Nada temas de mí!
 Harta estoy de comer... ¡Fué bueno el día!
 No hay, pues, por qué temblar...
 Por divertirme te cogí... En lo alto
 te soltaré... ¡y en paz!

Resiste siempre al amor,
 porque ya es cosa probada
 que para llegar á un cuerpo
 pone los pies sobre un alma.

Mira tú si serán locos
 todos nuestros pensamientos,
 que hay según dicen los sabios,
celdilla en el cerebro.

Sufrias... Negaste á Dios.
 Ya gozas... Crees en Él...
 ¡A eso llámalo egoísmo,
 pero no lo llames fel!

Lucho á ver si se me olvida
 que soy hombre de vergüenza,
 porque en cuanto yo me venza
 ya sé que tú estás vencida.

Un beso casi me pidió tu boca,
 mas, de puro inocente,
 sofoqué como pude mi ansia loca
 por miedo de las sombras de tu frente.
 Y hoy, aunque sé que el beso rechazado,
 sin amor, por cien bocas ha rodado,
 celebro mi victoria en el empeño
 que me hizo huir para dejarte pura...
 Creía en tu virtud... ¡y tu hermosura
 jamás valió lo que valió aquel sueño!

Amores hay que se cubren
 al morir con una lápida...
 ¡Otros van al hoyo grande
 que tienen todas las almas!

Luis de Ansorena.

Consejo de amigo.

No lo des vueltas, María.
 No intentes con saña ciega
 su ruina porque te niega
 que te dió su amor un día.
 No te enfades ni te apenes,
 ni le odies con furias tales,
 que, el pobre chico, tus males
 quisiera para sus bienes.

Si por perniciosas faldas
 en la ingratitud se abisma,
 ha de romperse la crisma
 para volver las espaldas.
 Le amaste, y holló tu amor,
 que ésa es la ley natural.
 Por bien, se devuelve mal;
 por mal, se vuelve peor.

Y así va el mundo rodando,
 y así nosotros viviendo:
 unos, amando y sufriendo,
 y otros... sufriendo y amando,
 Olvida su ingratitud.
 Yo te ofrezco, en confianza,
 una sabrosa venganza
 más digna de tu virtud.
 Siendo bella y virtuosa,
 Dios te oirá; que es claro y justo
 que Dios atiende con gusto
 á los ruegos de una hermosa.
 Pide que le ame Leonor
 y que acceda á su deseo,

y que los una Himeneo,
 cuanto más pronto, mejor.
 Porque es Leonor mala pieza,
 casquivana, presumida...
 ¡Se tirarán en seguida
 los trastos á la cabeza!
 Lo puedes reflexionar.
 Por experiencia lo sé...
 porque yo también la amé
 y no la pude aguantar.
 Y, en premio de mi lección,
 que reflexiones te ruego
 que este corazón de fuego...
 está á tu disposición.

Félix de Roncesvalles.

EN BIARRITZ



—Claro está que aquí cada peseta no vale más que setenta céntimos pero ¿y el gustazo de tener metidos los pies en agua extranjera?

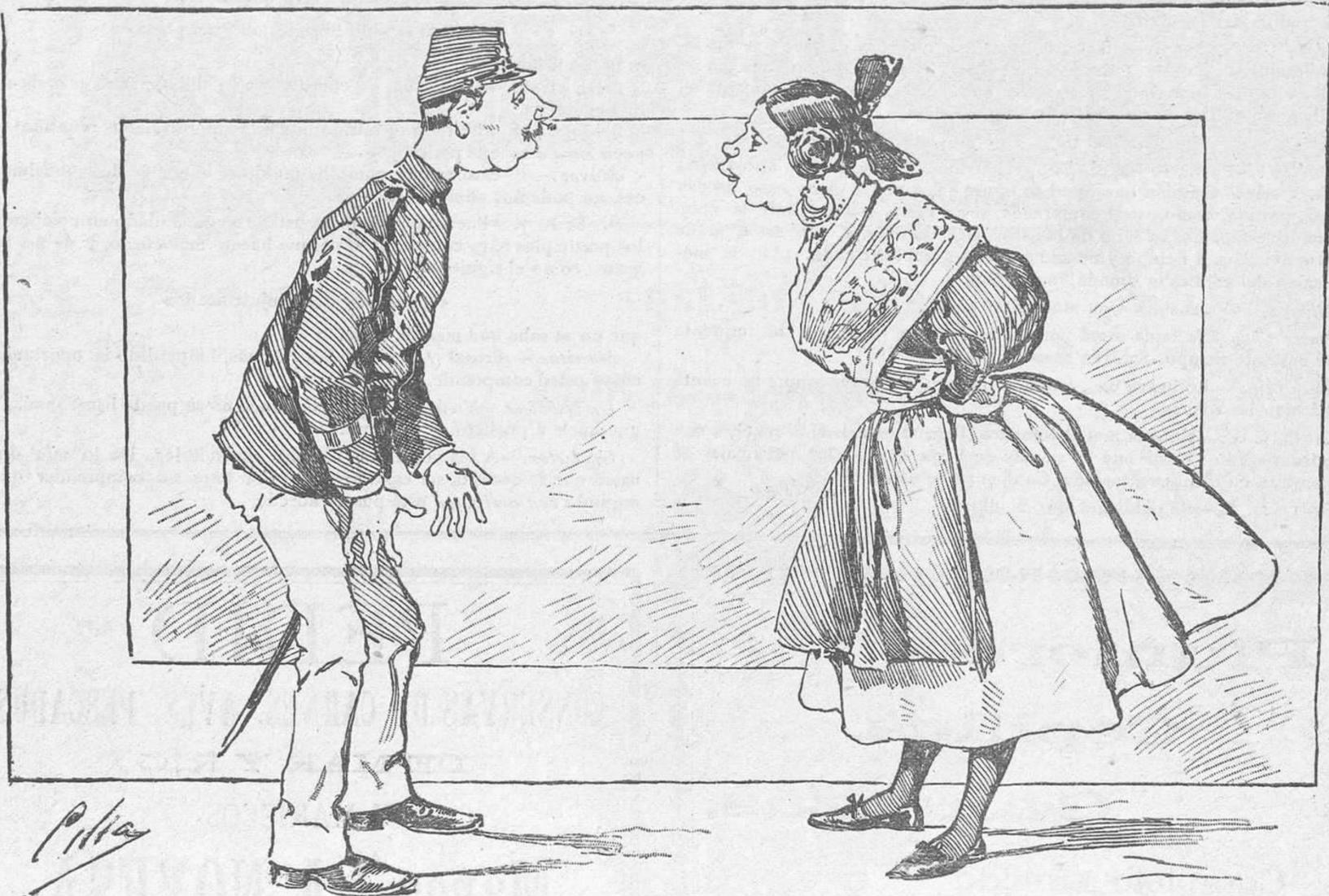
Perromaquia.

Un can en rico tren es paseado,
 y otro por alguaciles perseguido.
 Si aquél mordió, por nadie fué ofendido;
 si éste gruñó, murió de golpe airado.
 Uno fué discutido y aun premiado;
 el otro grandemente aborrecido;
 quejóse aquél, y al punto fué atendido;
 éste enfermó, y al campo fué arrojado.

¡Y aún pretende la humana tontería
 armonizar contrarios intereses
 tratando en serio la cuestión del día!
 ¿Cómo evitar al pobre sus reveses,
 cuando hasta en la inhumana perrería
 existen proletarios y burgueses!

Daniel Collado.

En Figueira.



—¿Sabes tú que aquí también sois los guardias algo *feinos* como los de mi tierra?
—¡Muito obrigado, excelentísima senhora!

CHISMES Y CUENTOS

MADRID Cómico se asocia al duelo nacional por la muerte alevosa del jefe del Gobierno.

Y deplora que con motivo tan desdichado hayan llamado la atención algunos detalles, un tanto ridículos, que hubieran podido evitarse seguramente, y que han empañado la grandeza de los primeros momentos, en que el país entero sintió como propias las heridas del presidente del Consejo y quedó estupefacto de dolor ante la pérdida del eminente hombre de Estado.

En primer lugar, ese Consejo de ministros constituido tres ó cuatro días casi en sesión permanente *para ultimar los detalles del entierro*, sin ocuparse de otra cosa, y sin tener la energía suficiente para hacerse cargo del cadáver.

Por caridad, por compasión á la ilustre viuda se ha debido evitarla el tristísimo, el constante espectáculo del embalsamamiento, la traslación en el tren fúnebre, la capilla ardiente y el sepelio, en vez de abandonarla á los impulsos de su horrible dolor y permitirle dar órdenes y contraórdenes trastornada por su inmensa desgracia.

Y en segundo lugar, esos políticos yendo y viniendo, agitándose y cabildeando para demostrar demasiado pronto y demasiado intempestivamente su afán de recoger la herencia, no por bien de la patria, sino por su medro personal y por el ansia mal disimulada de destinos...

Á propósito: entre el inmenso farrago de noticias insustanciales amontonadas en los periódicos para satisfacer la malsana curiosidad del público, habrán ustedes notado las que se refieren á la presentación de millares de personas que se han apresurado á ofrecer al Gobierno sus servicios.

Todos, altos y bajos, nombrados é insignificantes, han creído necesario hacerse presentes en tan difíciles circunstancias.

¿Para qué? ¿Qué iban á hacer ellos?

Yo que el ministro de la Guerra y presidente interino, hubiera dicho á todos esos zascandiles que buscan la notoriedad de tan rara manera:

—¡Ah! ¿Quieren ustedes ser útiles á la Nación porque las circunstancias son graves? Pues cojan ustedes un fusil cada uno y váyanse á la manigua.

Lo malo es que aquí, tarde ó temprano, va á venir Sagasta, comprometido á dar á los insurrectos la más amplia autonomía.

Y de lo que va á traer como consecuencia *responda por mí* el siguiente despacho de Nueva York:

«Entre los laborantes cubanos la noticia ha causado gran regocijo por suponer que, desaparecido Cánovas y con él la política que simbolizaba, será fácil lograr la próxima independencia de la isla.

¡Ay, sí! ¡Están ustedes hablando como unos libros!

Y si no, al tiempo.

Á las empresas teatrales (*motu proprio*, según el señor gobernador) les faltó tiempo para demostrar su pena suspendiendo las funciones.

Aquí, ya se sabe, los que viven del teatro son los únicos que conmemoran las desgracias públicas dejando de cobrar. Y por consiguiente, si disfrutan escaso sueldo, como carpinteros, coristas, asistencias y dependientes menudos, dejando de comer.

Así es que lo sienten más que nadie.

Por cierto que el precitado señor gobernador podía, si quisiera, no autorizar la publicación de *hojas extraordinarias* de esas que salen siempre en semejantes casos con noticias copiadas de los periódicos del día anterior, con el único objeto de dar la castaña al respetable público.

Porque el abuso ha llegado estos días al colmo y... creo que ha de haber medios en la ley de imprenta para impedir desaguizados semejantes.

Libros:

Fernando Franco Fernández, un joven redactor de *El Diario de Albacete*, en cuyo periódico dirige una página literaria que merece con justicia el unánime elogio del público, ha puesto á la venta un libro titulado *Prosa y versos*, en el que demuestra que sabe hacer muy bien una y otros y que será de los que lleguen muy arriba si continúa por el camino emprendido. Un prólogo de Serrano Alcázar, un intermedio de Sinesio Delgado y un epílogo de Salvador Rueda acompañan á la citada obra. Precio: una peseta.

El tesoro de Gastón, novela de la insigne escritora D.^a Emilia Pardo Bazán, que acaba de publicar en elegante tomo la empresa de la Biblioteca Elzevir Ilustrada. Esta última novela de la Sra. Pardo es interesantísima, inspirada en las ideas cristianas y de un encanto indefinible. Lo reducido de esta sección nos impide extendernos en merecidas alabanzas.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. C. R.—El romance está muy bien hecho. Pero el asunto no es de la índole del periódico.

Moisés.—Tampoco versifica usted mal. Lo que hay es que una de las composiciones, la de la niña que canta zarzuelas, es vulgarísima en el fondo, y la otra, por tratar de asuntos que desconoce completamente el público español, no haría efecto de ninguna clase.

Sr. D. V. L.—Inocente del todo, y no muy correcta que digamos.

Lucifer.—Pues... lo siento, pero, efectivamente, no puedo aprovechar nada. Y siento también que usted se figure que aquí se hace caso de las firmas, porque, como usted comprende, si así fuera, con suprimir la colaboración, estábamos al cabo de la calle. Del timador á que usted alude fuimos avisados á tiempo y no se ha vuelto á publicar nada. ¡Ah! la menduancia del cojo es la timada, ¿no es eso?

Ricardo.—Valencia.—Con muchísimo gusto.

Jung-Che.—No tenía usted por qué molestarse. Están en la imprenta hace bastante tiempo. Saldrán cuando puedan.

Poca pena.—Lo grave es... ¿cómo lo diré yo? Lo grave es que no cuenta usted bien las sílabas.

Sr. D. C. F.—No está mal el romance. Pero se han hecho muchos con el mismo asunto. Hasta hay un sainete de Vega en que los personajes se encuentran en idéntica situación. Conque ya ve usted...

Sr. D. D. C.—Se publicará uno de ellos.

L. Mental.—¿Y le dedica usted eso á su muchacha? Pues ¿por quién la ha tomado usted? ¡Eso es faltarla á ella y á toda la familia!

Grisóstomo.—Las chitigotas tienen más candor del que se requiere. *SO⁴H².*—Un poco vulgar también... Pero no mal versificada, eso no.

Sr. D. E. N.—Digo lo mismo. Salvo que el verso

«sea un establo tu cielo, oh gran poeta»

es bastante largo.

Sr. D. E. D.—¡Caramba! ¿Y cómo se va á publicar, si no es nada absolutamente?

Sr. D. R. M.—Le pasa lo mismo que á la anteriormente remitida: tampoco *encaja* en este periódico.

Mayor.—El caso es que, como he tenido el honor de decir muchas veces, no podemos admitir artículos.

Sr. D. R. J.—Puesto que empieza usted, tenga cuidado en no abusar de los participios para consonantes, porque hacen mal efecto, y de no hacer versos como el siguiente:

«Entre paréntesis injustificado»

que no se sabe qué medida tiene.

Manitas.—¿Prosa? ¡Ay, no! Y ésa, además, ha perdido la oportunidad, como usted comprende.

Un bilbaíno.—Ya de los Cuatro Caminos no se puede hacer nada, porque huele á puchero de enfermo.

Un lector.—Á los demás no necesito defenderlos. De lo mío diré á usted que se necesita ser candorosa avechilla para no comprender que el segundo *con actividad* está puesto adrede.

Plumeros.

Cepillos.

Gamuzas.

Completo surtido.

Precios ventajosos.

HIJOS DE M. GRASES.—Fuencarral, 8.

PEDID
CONSERVAS DE CARNES, AVES, PESCADOS
DE MAR Y RÍO
Y MARISCOS

Marca LA NOYESA

DE J. CAAMAÑO Y C.^A

De venta en todos los ultramarinos.

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE

Málaga.—Manzanares.

CHOCOLATES Y CAFÉS
 DE LA
COMPAÑÍA COLONIAL

TAPIOCA—TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

Precios de suscripción.

MADRID.—Trimestre: 2,50 pesetas; semestre: 4,50; año: 8.

PROVINCIAS.—Semestre: 4,50 pesetas, año: 8.

EXTRANJERO Y ULTRAMAR.—Año: 15 pesetas.

En Provincias no se admiten por menos de seis meses y en el Extranjero y Ultramar por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles y certificando en este último caso la carta.

Precios de venta.

Un ejemplar, con el suplemento correspondiente, 15 céntimos.

△ corresponsales y vendedores, 10 céntimos cada ejemplar.

Un suplemento, 10 céntimos.

△ los corresponsales, 6 céntimos.

Los ejemplares de números atrasados se servirán sin aumento alguno de precio.

Á los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el envío del paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

Redacción y Administración: Peninsular, 4, primero derecha;

Teléfono núm. 2.160.

Despacho: Todos los días de 10 á 2 y de 4 á 6.

MADRID.—Imprenta de los Hijos de M. G. Hernández, Libertad, 16 sup.º